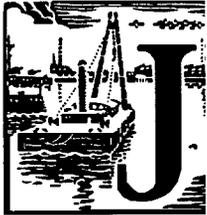




HISTORIAS DE LA MAR

STEVENSON INSPIRADO POR LOS MARES DEL SUR



JUZGO interesante realizar la transcripción —elección difícil, sin duda— de algunos de los párrafos en los que Robert Louis Stevenson vierte sus impresiones y en los que describe los sorprendentes parajes que su sensibilidad va captando conforme se adentra en el inmenso océano Pacífico, y quede constancia de que sus escritos no siempre nacieron en situaciones ciertamente cooperadoras, bien por el difícil estado de la mar, bien por problemas familiares, bien por la agitada política samoana que le tocó vivir. El mismo informa del deber que ha asumido consigo mismo: «Ninguna parte del mundo produce una pareja fascinación para el visitante: mi tarea es la de comunicar en parte la seducción a quien viaja sin moverse de la chimenea, describir la vida en tierra y en mar de cientos de miles de personas, algunas de nuestra raza y que hablan nuestra lengua, todas de nuestro tiempo y, sin embargo, con sus pensamientos y sus costumbres lejanas de nosotros como Rob Roy, Barbarroja, los apóstoles o los césares» (1). Por otra parte, se muestra contrario a quien,

(1) STEVENSON, Robert Louis: *Nei mari del Sud*, p. 6. Arnaldo Mondadori. Oscar Clasci. Número. 273. Milano, 1994.



Robert Louis Stevenson.

como los capitanes de barco, escriben sobre las islas tras una breve visita: «A nosotros no nos gustaría que un marinero de las Indias Orientales desde el palo del trinquete se metiese a juzgar a Inglaterra en base a las señoras que pasean por Radcliffe Highway y a los hombres que dividen el estipendio con ellas» (2).

Stevenson fue un tremendo trabajador, que vertió su inspiración durante sus años *pacíficos* en unas 700.000 palabras impresas (3). Apuntamos la influencia que sobre nuestro escritor ejerció Herman Melville —también Poe—, sobre todo a través de su celeberrimo «Mobi Dick» (4), y la estimación literaria que logró granjearse de Henry James, Rudyard Kipling, Conan Doley y Meredith, entre otros escritores famosos. De aquí que le escribiera su amigo Gosse: «Desde que Byron vivió en

Grecia, nada ha interesado tanto a los hombres de letras como el hecho de que Ud. viva en los Mares del Sur» (5).

Comencemos por el párrafo inicial de «La playa de Falesá»: «Ví la isla por vez primera cuando no era de noche ni de día. La luna se estaba poniendo por el oeste, pero todavía brillaba y aún se la veía con claridad. Hacia el este, y justo en el centro de la aurora, completamente rosada, la estrella de la mañana resplandecía como un diamante. La brisa de tierra adentro nos daba en el rostro y traía consigo un fuerte aroma de limas silvestres y de vainilla; también de otras cosas, pero esos olores eran los más evidentes; y su frialdad me hizo estornudar» (6). (Este cuento es considerado por los críticos como su más perfecta, desde el punto de vista formal, obra de ficción, y su amigo Henry James estimó que en ella el arte llega a su perfección) (7).

(2) STEVENSON, Robert Louis: *Nei mari del Sud*, p. 39.

(3) MCLYNN, F.: *Robert Louis Stevenson. A Biography, op. cit.*, p. 486. Hutchinson. London, 1993.

(4) MCLYNN, F.: *op. cit.*, pp. 307-308.

(5) BALFOUR, G.: *Vida de Robert Louis Stevenson*, p. 340. Libros Hiperion, Madrid, 1994.

(6) STEVENSON, Robert Louis: *La playa de Falesá*. (Traducción José Luis López Muñoz). En *El diablo de la botella y otros cuentos*, p. 144. Alianza Editorial. Madrid, 1994.

(7) MCLYNN, F.: *op. cit.*, pp. 410-411.



Bahía de Taiomar, en la isla de Nuru-Hiva, archipiélago de Las Marquesas.

«He visto nacer la mañana en muchas partes del mundo; ha sido una de las más grandes alegrías de mi vida, pero el alba que más me ha emocionado la he visto brillar sobre la bahía de Anaho (isla Nuka-hiva, Marquesas). Las montañas escarpadas se desplomaban sobre el puerto con todo tipo de fases e inclinaciones, praderas, precipicios y forestas. Cada una con su color, azafrán, azufre, clavel, rosa. El aire tenía el esplendor de la seda; y mientras sobre las tintas más claras parecía fluctuar una eflorescencia, sobre aquellas más oscuras aparecía un brillo solemne. La luz era la misma de cada mañana, incolora y pura, y sobre este fondo de alhajas dibujaba los más mínimos detalles» (8).

«Veíamos islas en cantidad, pero eran *de la misma materia de que están hechos los sueños*, y se desvanecían en un abrir y cerrar de ojos para reaparecer en otra parte; y a poco, no sólo islas, sino luces fúlgidas se pusieron a decorar la oscuridad como bullones: faros de la mente y del fatigado nervio óptico, que brillaban solemnemente y que nos hacían guiños al pasar» (9).

«Y es así como se nos apareció, perdido en el azul del mar y del cielo, un anillo de playa blanca con un bosque verdoso, de palmas con colores de piedras preciosas agitadas por el viento, de una belleza fabulosa y celestial». «La noche descendió extraordinariamente deliciosa. Puesta la luna, era una maravilla la vista del cielo estrellado» (10).

(8) STEVENSON, Robert Louis: *Nei mari del Sud*, pp. 19-20.

(9) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, p. 121.

(10) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, pp. 122-123.



Bahía de las Vírgenes de la isla de Fatu Hiva, en Las Marquesas.

«Nuestros ojos estaban fijos sobre este espectáculo fascinante...: el agua, disminuyéndose debajo de nosotros, cambiaba de un momento al otro asumiendo una extraordinaria tonalidad de azul y gris; y en su transparencia el coral surgía y se abría en ramas, y los peces del mar interno se cruzaban bajo nuestro ojos, manchados y estriados, e incluso con picos de papagallos. Durante mi vida he pagado más de una vez por ver curiosidades; pero ninguna fue tan curiosa como aquel primer espectáculo desde la nave en la laguna de Fakarava» (11). Y más adelante: «Un poco más allá, desde la oscuridad más completa del bosquecillo de palmas, percibimos el claror y sentimos el olor aromático de un tizón de la corteza de la nuez del coco, residuo de la cocina nocturna. Los grillos cantaban; algún animalejo silbaba en un montón de hierbas; y los mosquitos picaban y zumbaban. Aquella noche no había alguna otra traza de hombre, pájaro o insecto en la isla. La luna, vieja de tres días, una hoz plateada sobre una esfera todavía visible, brillaba a través del baldaquino de palmas de una luz intensa y difusa... Pero fue sobre todo abordo que el encanto de Fakarava me conquistó de una vez por todas...» (12).

«En aquellos climas la noche desciende sin refrescar mucho; el viento cesa antes del ocaso, el cielo se inflama por un momento, se descolora y se oscurece hasta alcanzar el azul profundo de las noches tropicales; rápida e

(11) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, p. 127.

(12) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, pp. 128-129.

imperceptiblemente las sombras se espesan, las estrellas se multiplican; y en esto miras alrededor y el día se ha marchado» (13). (Comentario surgido en Butaritari).

Leamos este otro de Apemana: «Nuestras chozas, con los lados apuntalados en los modos más variados, dibujaban juegos de luces extraños y rebuscados según su inclinación... Sobre todo descendía en el momento el extraordinario esplendor del claro de luna. La arena chispeaba como el polvo de diamante; las estrellas se habían desvanecido. A intervalos, un lúgubre pájaro nocturno pasaba lento en vuelo bajo en la columnata de los troncos de árbol con graznidos roncós» (14). De la misma isla: «Era poco antes del plenilunio, y la brisa deliciosa; la isla brillaba como en pleno día. Hubiera sido un sacrilegio dormir y me fui a pasear en la floresta, tocando la flauta» (15).

La siguiente descripción procede de Tutuila —la hoy Samoa americana—: «Nada más vislumbrarla, había yo tomado una decisión: la bahía de Oa era el lugar que siempre había deseado... Descargaron la lancha, desembarcamos y fuimos de un lado a otro perplejos y enloquecidos de placer... Después de contemplar aquella bahía la cabeza me daba vueltas. *Aquí, passim, están las obras de todos los poetas* —afirmé—... Apenas había comenzado a gozar de la belleza y de los delicados colores de la aurora, del dorado resplandor que orlaba los altos bosques de levante, de la clara luz que iluminaba el pan de azúcar de Maugalai, del azul entretejido al esmeralda de su cono, de los risueños trinos matinales de los pájaros que inundaban el valle, cuando de pronto... la lluvia tamborileó sobre la agitada espesura... Durante toda la mañana dispuse para mí solo de una bahía virgiliana... Por la mañana todo era azul, azul el mar de un azul sin nombre en los bajíos de la orilla; azules las nubes del horizonte como una hermosa porcelana pálida, el cielo detrás de ellas de un desvaído color limón, débilmente teñido de naranja. Gran parte de lo que uno ve en los trópicos parece una acuarela, pero ésta era obra de una joven dama» (16).

Carlos M. FERNÁNDEZ-SHAW
Embajador de España

(13) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, p. 201.

(14) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, p. 243.

(15) STEVENSON, Robert Louis: *op. cit.*, p. 262.

(16) BALFOUR, G.: *op. cit.*, pp. 331-333.